
Siegel, Jennifer, *Endgame. Britain, Russia and the Final Struggle for Central Asia*, London, Bloomsbury Academic, 2021, 273p. ISBN: 978-1-3501-7998-1. 56,68€ 

CHAPTER 1. The Great Game and the 1907 Agreement. CHAPTER 2. Triumph or Tribulation? The Realities of the Anglo-Russian Relationship: 1907-8. CHAPTER 3. «Old Designs under a New Cover»: 1909. CHAPTER 4. Conflicting Motivations and the Drift towards Discord: 1910. CHAPTER 5. The Strangling of Anglo-Russian Foreign Policy: 1911. CHAPTER 6. Amicable Accord or Impending Breach?: 1912. CHAPTER 7. «Towards a Revision of the Anglo-Russian Agreement»: 1913. CHAPTER 8. The Death of the Anglo-Russian Agreement: 1914. Conclusion.

Después de un breve, pero esclarecedor prólogo de Paul Kennedy, el director de su tesis (*Endgame* es el primer libro publicado por Jennifer Siegel, fruto de su tesis doctoral), la autora afirma que, «durante la segunda parte del siglo XIX y comienzos del siglo XX, los imperios de Rusia y Gran Bretaña parecían al borde de la guerra en Asia. Rusia, cuyo deseo tradicional de expansión territorial y de un puerto de agua caliente en el Oeste se había visto frustrado por la Guerra de Crimea, giró sus ojos hacia el este, hacia Asia central y el Lejano Este. Simultáneamente, Gran Bretaña fue consolidando su posición en el subcontinente indio y construyendo un imperio en China. Gran Bretaña se alarmó por las incursiones de Rusia en la zona, pero el lento avance de Rusia hacia India, «la Joya de la Corona Imperial Británica», era el mayor motivo de alarma. Los rusos, por su parte, estaban convencidos de que donde quiera que girasen, este u oeste, los británicos estarían allí para frustrar sus sueños imperiales.

Tales políticas y ambiciones centroasiáticas conflictivas apuntaban crecientemente a un enfrentamiento entre dos «Grandes Poderes», con la hegemonía regional incontestada como precio último. La monumental competición entre los dos grandes poderes imperiales asiáticos vino a ser llamada el «Gran Juego» (*Great Game*), término usado por un veterano gran jugador de ajedrez, Rudyard Kipling, dentro de las páginas de las novelas victorianas sobre el Imperio; fue él quien transmitió con este concepto la imagen de una gran, gloriosa e irrefutablemente desesperada competencia por la supervivencia imperial sobre la psique popular. La idea de una gran batalla de voluntades y de mentes, que se jugaría en la misteriosa Asia central, arraigó en la imaginación británica, y fue una fuerza impulsora tanto de la política del gobierno como de la creatividad cultural a través de buena parte del siglo XIX. Aunque no hay una frase como la de «Great Game» en la literatura rusa, la competencia con Gran Bretaña por la supremacía en Asia fue sentida con la misma intensidad en San Petersburgo que en Londres.

Cuando comenzó el nuevo siglo, parecía claro que el conflicto por la hegemonía en Asia central tenía que ser resuelto pronto, bien por medios diplomáticos o militares. El conflicto armado, sin embargo, se estaba convirtiendo en algo impracticable a los ojos de ambos grandes poderes. La Segunda Guerra Boer, en el cambio de siglo, había dado un fuerte golpe al sentido de seguridad imperial y de bienestar fiscal de Gran Bretaña. En 1902 eligió concluir su tradicional política de «espléndido aislamiento» con su primera alianza del siglo XX, un acuerdo con el no probado poder asiático de Japón. Este acuerdo



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DE LA ARTE
Y GEOGRAFÍA

RECENSIONES

alivió varias de las responsabilidades de seguridad en el Lejano Este de Inglaterra, permitiéndole concentrarse más en sus recursos para la defensa de la India. Del mismo modo, en 1904, muchas de las preocupaciones británicas en el Medio Este y en África quedaron mitigadas gracias a la conclusión, en 1904, de la «Entente Cordiale» anglo-francesa, que reduciría mucho el riesgo de un enfrentamiento colonial entre Londres y París. Pero dichos pasos no eran suficientes. Los británicos todavía consideraban haberse extendido demasiado y ser vulnerables en la India, y un enfrentamiento militar con Rusia podía ser más de lo que el Imperio podía aguantar.

El año 1904 también marcó el comienzo de la guerra ruso-japonesa, el resultado de la cual dejó a una Rusia muy debilitada y derrotada, además de en desorden después de la Revolución de 1905. Después del malestar doméstico y de la gran inquietud nacida de la victoria de Japón, Rusia buscó concluir una reorientación crítica de su estrategia imperial; un periodo de repliegue y una simplificación del entorno de seguridad ruso parecía ser lo más conveniente. Así, en marzo de 1906, comenzaron las discusiones entre los gobiernos ruso y británico para la conclusión de un tratado de acercamiento. Después de meses de calientes negociaciones, las dos partes alcanzaron al fin un acuerdo. La Convención de Cordialidad Mutua, firmada el 31 de agosto de 1907, formalizó las relaciones entre las dos naciones que competían en Asia central, estableciendo y garantizando esencialmente el *statu quo* en las zonas tapón de Persia, Afganistán y Tíbet. La guerra del «Gran Poder» entre Rusia y Gran Bretaña que había sido anticipada por tantos desde hacía tanto tiempo había sido evitada.

Es en este punto, con la conclusión del acuerdo de 1907, cuando se considera en general, pero de forma incorrecta, que el «Gran Juego» había llegado a su fin. El acuerdo ha sido representado tradicionalmente como el golpe diplomático que permitió a los antiguos rivales moverse de la enemistad al acuerdo amigable en su oposición a la creciente amenaza de Alemania. Esta aproximación a la Convención anglo-rusa interpreta el acercamiento entre Rusia y Gran Bretaña como la demostración de un cambio deliberado que suponía un alejamiento de las preocupaciones en Asia, para centrarse en el continente europeo. Bajo dicha interpretación, la importancia fundamental del acuerdo de 1907 reside en su papel como uno de los principales fundamentos diplomáticos de la estructura de alianzas europea, que tan claramente contribuyó al estallido y la evolución de la Gran Guerra.

Pero la lucha final por el control de Asia central iba mucho más allá de 1907. Las últimas etapas del tradicional «Gran Juego» —el juego de la Rusia imperial y de Gran Bretaña, no de sus sustitutos posteriores— estaban justamente empezando cuando el embajador británico y el ministro de exteriores ruso firmaron el tratado de 1907. Las preocupaciones por el Asia central continuaron jugando un papel crucial en el diseño de la política británica y rusa bastante más allá del acuerdo de 1907. Su importancia para los políticos y *lobbies* en San Petersburgo y Londres ha sido ampliamente marginada por los académicos interesados en la diplomacia británica y rusa antes de la Gran Guerra; solo una minoría fuertemente revisionista se ha enfrentado con este eurocentrismo en relación con la política británica, en ocasiones girando el péndulo hacia la otra dirección y argumentando la precedencia de la relación asiática ruso-británica sobre los antagonis-

RECENSIONES

mos anglo-germanos o ruso-germanos en la balanza de los «Grandes Poderes» de antes de la guerra. Este libro, sin embargo, no busca establecer la naturaleza de la relación de Gran Bretaña o Rusia con Alemania, sino que intenta tener plenamente en cuenta la intensa historia de rivalidad y continuos conflictos regionales de interés que caracterizó las relaciones anglo-rusas, particularmente en Asia central.

Desde la conclusión del acuerdo hasta el estallido de la Gran Guerra, las relaciones anglo-rusas en Asia central estuvieron marcadas por tensiones continuas y maniobras regionales por ambas partes, parecidas a las que habían caracterizado la era anterior al acercamiento. Para la élite que dirigía la política exterior rusa, la idea de una estrategia de avance en Asia central no solo había sobrevivido al acuerdo de 1907, sino que era, de muchos modos, una preocupación más vital que las relaciones de la Entente. Para el gobierno británico, ahora comprometido con el mantenimiento de unas relaciones anglo-rusas amistosas, había quedado claro ya en 1914 que las políticas británica y rusa sobre Asia central no podían reconciliarse más bajo el acuerdo existente.

Antes de entrar en sede de conclusiones, conviene recordar, como se hace en el novedoso primer capítulo del libro, que, frente a la opinión tradicional, ya desde el siglo XVIII el Imperio ruso había desarrollado posiciones claramente más firmes que el británico en Asia Central, y que ya en el XIX Gran Bretaña temía por el futuro de sus posesiones en la India, lo que probablemente favoreció el acuerdo con Rusia en 1907. La guerra de los Grandes Poderes que estalló en 1914 no era una guerra sobre Asia central. Y como dicha guerra en 1914 no se libró entre el oso ruso y el león británico, el acuerdo anglo-ruso puede considerarse un éxito.

Pero una apreciación tan limitada del acuerdo de 1907 sería errónea por varias razones. En primer lugar, aunque basada en la premisa acertada de que el tratado de 1907 tuvo por objeto aliviar la tensión regional entre Gran Bretaña y Rusia en Asia central que se había estado formando durante la segunda parte del siglo XIX, esta afirmación supone que la ausencia de conflicto armado por sí sola indica una solución a la contienda anglo-rusa en Asia central. Pero, tanto para Gran Bretaña como para Rusia, el acuerdo de 1907 se demostró que no era una solución, sino un puente temporal sobre la gran división que separaba los objetivos y los deseos británicos y rusos en Asia central.

Los británicos habían buscado un acercamiento con Rusia en un intento de aliviar la presión sobre las capacidades de defensa de la India y de reforzar sus comprometidos recursos imperiales a través de un acuerdo diplomático que preservara el *status quo* en Asia central. Las circunstancias regionales y el objetivo de Rusia primero al conseguir la convención hicieron, sin embargo, que tal preservación del *status quo* fuera simplemente imposible. El principal objetivo de Rusia a la hora de alcanzar un acercamiento con Gran Bretaña en 1907 sobre Asia central era ganar tiempo para que el maltratado Imperio Romanov pudiera recobrase del trauma de Tsushima y de las persistentes heridas del Domingo Sangriento y la Revolución de 1905. Una vez que Rusia se hubo reorganizado, su gobierno estaba preparado para reasumir la política avanzada en Asia central que había caracterizado la política imperial de fines del XIX, en un intento de restablecer y solidificar su lugar en la mesa del Gran Poder.

Casi desde la firma del acuerdo, el gobierno ruso estaba preparado para sacar partido de las diversas oportunidades que las circunstancias de Asia central le ofrecían.



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

RECENSIONES

En Persia, donde la revolución y el malestar crearon un vacío de poder y amenazaban la seguridad de los intereses rusos establecidos, los diplomáticos y militares rusos que estaban en el lugar, apoyados en último término por su gobierno en San Petersburgo, promovieron rápidamente los intereses rusos y trabajaron en favor de la absorción gradual de las provincias septentrionales en el Imperio ruso. En Afganistán y el Tíbet, donde el gobierno ruso había reconocido la ausencia de cualquier interés relevante, Rusia se contentó al comienzo con trabajar dentro de los confines del acuerdo. Pero, a medida que la ocupación rusa de Persia septentrional se convirtió en una realidad *de facto* si no *de iure*, la siguiente salida obvia para la influencia rusa en Asia central fue el Afganistán septentrional. La doble expansión de la presencia e influencia rusa en Persia y Afganistán era la garantía de un conflicto entre Gran Bretaña y Rusia. Por lo tanto, está claro que el acuerdo anglo ruso de 1907 no ofreció una solución para las preocupaciones de seguridad regional que interesaban a Gran Bretaña ni dio lugar a la posibilidad de un continuo avance libre de estorbos que Rusia deseaba en Asia central. Por tanto, si bien no respondió a los requisitos británicos y rusos en Asia central, fue esencial porque, precisamente, permitió a los miembros de la entente enfrentarse a la creciente amenaza alemana.

El análisis habitual del éxito y del significado del Acuerdo anglo ruso de 1907 es igualmente erróneo. Mientras el acuerdo permitía la creación de la Triple Entente y ofrecía una oportunidad para una relación cada vez más estrecha entre los compañeros de la entente, las dificultades y los retos con los que se enfrentaban Gran Bretaña y Rusia en Persia, Afganistán y Tíbet hicieron muy poco para favorecer un mayor entendimiento entre los dos «Grandes Poderes» regionales más allá de Asia central. Con el estallido de la guerra europea en 1914, en numerosos frentes el acuerdo anglo ruso para Asia central estuvo al borde del colapso, amenazando cualquier otra simpatía en Europa. Las crecientes preocupaciones del gobierno británico sobre la defensa de India y la determinación de mantener el poder imperial de Gran Bretaña le habían llevado hasta el punto de que ya no era deseable ni posible tolerar una mayor «penetración pacífica» de la presencia regional rusa; Inglaterra necesitaría un compromiso mayor en la defensa de sus intereses y, o bien negociaban, no sin esfuerzo, un nuevo acuerdo con Rusia o tenía que reconocer el fin de su cooperación en Asia central.

Mirar el significado del acuerdo en su contribución directa a los orígenes del estallido de la Gran Guerra, por lo tanto, sería evaluar el éxito del tratado mucho más allá de su valor y colocar el centro del acuerdo en una región y en un conflicto claramente separados de las políticas extranjeras del día. Pero, como Keith Neilson ha subrayado, la historia que ha sido escrita del periodo anterior al comienzo de la guerra en 1914 ha sido muy a menudo sesgada por el conocimiento retrospectivo del momento en que estalló la guerra y de quienes fueron sus principales actores. La necesidad vital de entender por qué y cómo la guerra llegó ha llevado a los historiadores a poner excesivo énfasis en las relaciones de los poderes europeos con Alemania y a ver las relaciones de los miembros de la entente llevando directamente a la alianza que se desarrolló al comienzo de la guerra.

La tesis de Keith Wilson de que Asia fue el factor determinante en la decisión de Gran Bretaña de entrar en la guerra es una exageración; hay un trecho considerable en

RECENSIONES

postular, como él lo hace, que Grey y sus consejeros estaban solo incidentalmente pensando en Europa en los años que llevaron a 1914. Pero uno ha de recordar cuando mira a los años anteriores al conflicto bélico, que quienes decidían la política por toda Europa no sabían si o cuándo llegaría la guerra. Es verdad que tenían sus teorías y sospechas, pero también había habido teorías y sospechas a lo largo de gran parte de finales del siglo XIX de que la próxima guerra europea sería una liquidación armada del «Gran Juego» entre Gran Bretaña y Rusia sobre las zonas tapón de Persia, Afganistán y Tíbet, con la India como último precio y hegemonía imperial. La diplomacia y las circunstancias habían alejado dicho conflicto, y no había razón para que la diplomacia y las circunstancias no alejaran otros crecientes conflictos europeos en el nuevo siglo.

En el frente doméstico, Rusia e Inglaterra se enfrentaban cada una con numerosos retos en 1914, que distraían su atención de la escena del mundo. Rusia, maltratada por el malestar revolucionario y el lento deterioro de la autocracia Romanov y de la estabilidad interna, encontró que la búsqueda de la política extranjera del «Gran Poder» era crecientemente difícil en la medida en que estaba embrollada con los disturbios en casa. El gobierno británico estaba distraído de modo similar por problemas en casa (el *Home Rule* en el Ulster, violentas protestas sufragistas o una peligrosa crisis presupuestaria que amenazaba con limitar el gasto en la defensa naval británica). Claramente, los asuntos extranjeros no eran las únicas pruebas que Inglaterra y Rusia tenían que enfrentar en los años anteriores al estallido de la Gran Guerra, y ningún poder se podía permitir el lujo de concentrarse exclusivamente en las crecientes tensiones en los continentes europeo o asiático.

Pero el potencial colapso del acuerdo mutuo anglo-ruso en Asia central era una preocupación tan vital en los años que fueron del Acuerdo a la Gran Guerra como la amenaza en Europa central. Los intereses regionales en conflicto de ambos poderes no desaparecieron con la llegada del acercamiento. Las necesidades británicas para la defensa de la India, aumentadas por la necesidad política de apoyar el compromiso de la Royal Navy con la propulsión con petróleo, exigían que Inglaterra hiciera todo lo que pudiera hacerse para asegurar su posición imperial en la región. Los intereses rusos a la hora de defender y expandir la presencia de su comercio e influencia en Persia y Afganistán, con un ojo puesto en la posible absorción de más territorio en Asia central, inclinaron a su gobierno hacia una política destinada a amenazar el *statu quo* que Gran Bretaña estaba tan desesperada por preservar. Además, el crecimiento del panislamismo a través de Asia —especialmente dentro de los dos países semi independientes en cuestión y de los territorios fronterizos de los imperios ruso y británico—, hicieron peligrar la estabilidad regional. Por tanto, las relaciones entre Gran Bretaña y Rusia antes de 1914 no se limitaban a la guerra que se aproximaba. Para Grey, Izvolskii, Sazonov, Buchanan, Benckendorff y los demás hombres envueltos en la dirección de la política exterior británica y rusa, la relación en Asia central era crucial por su propio derecho por todas las razones de defensa imperial, prestigio y seguridad económica que habían exigido primero la conclusión del acuerdo de 1907.

Así, la Convención anglo-rusa de 1907 no debería ser considerada ni como el fin del «Gran Juego» ni como el comienzo de la Triple Entente. Para el verano de 1914, sin embargo, las realidades de sus objetivos conflictivos y del paisaje estratégico cambiante



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

RECENSIONES

en Asia central había llevado a los hacedores de la política británica y rusa a la conclusión de que la aplicabilidad y la utilidad del acuerdo de 1907 hacía tiempo que había pasado. Pero con el estallido de las hostilidades en Europa, las dificultades británicas y rusas en Asia central fueron dejadas a un lado mientras los «Grandes Poderes» se enfrentaban con las mucho más urgentes crisis de la guerra mundial. Una vez más, una conflagración fruto de la animosidad regional anglo-rusa había sido evitada, en este caso por el advenimiento de la guerra en la que sus intereses individuales exigían que se unieran contra el común enemigo. De no haber intervenido la guerra, el acuerdo anglo ruso, que había existido a pesar de la adversidad durante siete años de malestar revolucionario persa, obstruccionismo afgano y vacío geoestratégico tibetano, podría haberse enfrentado con el desafío de la reevaluación y de la revisión: un reto al que podría no haber sobrevivido.

Una brevísima consideración: *Endgame* (Desenlace) no es solo el producto de una tesis, sino también un libro de tesis reiterada a lo largo de todas sus páginas.

Jennifer Siegel comenzó su investigación en la Universidad de Yale, y en la actualidad enseña historia en la Universidad de Boston. Este es su primer y, hasta ahora, único libro.

Ignacio Olábarri Gortázar
Universidad de Navarra

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

Universidad
de Navarra

